
Sophia
Revista Teosófica
Año IX.
Núm. 6.
DE
MADRID

SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO, GNOSTICISMO, KABBALAH, OCULTISMO

1.° DE JUNIO DE 1901

SUMARIO

Páginas.

8 de Mayo, por J. X. H. 201
El poder del pensamiento, su dominio y cultura (continuación), por Annie Besant. 202
La Homeopatía y sus diluciones (conclusión), por D. José Melián. 209
Conferencias Teosóficas de 1900 en la Universidad de Ginebra, por J. X. H. 222
El Idilio del Loto Blanco (continuación). 229
La propaganda cremacionista en España. 236
Notas y Recortes. 238
Bibliografía. — Revistas nuevas. 240

AVISO

La Redacción tratará de contestar, de la manera más satisfactoria posible, bien que por necesidad muy brevemente, todas las preguntas que se le dirijan dentro del espíritu de una investigación seria, ya sean éstas hechas por amigos ó por adversarios, y que se relacionen con los asuntos á que esta Revista se dedica.

Asimismo en la sección de *Bibliografía* se dará cuenta, más ó menos extensa, de toda obra—relacionada con la índole de la Revista—de la cual sean enviados dos ejemplares.

ADMINISTRACIÓN:

MADRID: ATOCHA, 127 duplicado, y en BARCELONA, en la **Biblioteca Orientalista** y Centro de Publicaciones, *calle del Conde del Asalto, 63, 3.°, 1.ª*

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y Portugal.................. *Un año 6 pesetas.*
Extranjero........................ » » 9 »
Números sueltos, 0,75 pesetas.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

8 DE MAYO

1891 - 1901

Diez años han transcurrido desde que H. P. B. abandonó el cuerpo físico, y en aquel inolvidable aniversario, en aquel día del «Loto Blanco», los miembros de la Rama de Madrid de la S. T., movidos por sus sentimientos de amor y gratitud hacia su Maestro, unieron una vez más sus pensamientos á aquellos de los teosofistas del mundo entero.

El último año transcurrido trajo á cada uno de nosotros sus sufrimientos y experiencias, y durante ese año pudimos apreciar el progreso realizado en el angosto sendero señalado por H. P. B.

Las doctrinas teosóficas son, en verdad, para todos los hombres, sea cual fuere su condición social ó el grado por ellos alcanzado en su evolución, pero se dirigen sobre todo á aquellos que sufren, «á aquellos que en desolación cruel yacen hambrientos de pan de Sabiduría», á aquellos corazones víctimas del egoismo y ávidos de Amor y Justicia, á aquellos pocos, en una palabra, *que sobreponen la Verdad á todas las demás cosas*...

¿Y quién combatió con mayor abnegación, con más valor la hipocresía y el egoismo de nuestros tiempos sino H. P. B.? ¿A quién sino á ella debe la humanidad actual el conocimiento renovado de la Teosofía que esa noble mujer tuvo por sagrada misión propagar, esto es, el consuelo y la esperanza que una filosofía negadora intentaba desterrar del corazón de los hombres?

Desde el día en que se separó el Maestro de sus discípulos, la obra por él iniciada, y á la que dedicó su vida entera, de tal modo se ha afianzado, que ningún poder humano es en adelante capaz de derribarla.

Millones de seres deben á H. P. B. la paz del espíritu y la tranquilidad de la conciencia, hijas ambas del Conocimiento.

¿Y qué mayor tributo podrían rendir jamás á su memoria los Teosofistas que grabar en su corazón las sublimes doctrinas que de su Maestro recibieron, esforzarse en imitar su ejemplo y, sobre todo, en *practicar* lo que aprendieron, demostrando así á los hombres cuánto amó á la humanidad, cuánto por ella sufrió la que en vida se llamó Helena Petrowna Blavatsky?

J. X. H.

EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA

(continuación)

Relación entre la Sensación y el Pensamiento

En muchos libros de psicología, tanto orientales como occidentales, se especifica claramente que todo pensamiento tiene su raíz en la sensación, que hasta que se hayan acumulado un gran número de sensaciones, el pensar no puede existir. «La Mente, tal cual la conocemos— dice H. P. Blavatsky — puede resolverse en estados de conciencia de variable duración, intensidad, complejidad, etc., fundándose todo, en último término, en la sensación» (1). Algunos escritores han ido aún más lejos, declarando que no sólo son las sensaciones el material con que se construyen los pensamientos, sino que los pensamientos son producidos por las sensaciones, negando de este modo al Pensador y al conocedor. Otros, en el extremo opuesto, consideran al pensamiento como resultado de la actividad del pensador, iniciado desde el interior en lugar de recibir su primer impulso desde afuera, siendo las sensaciones los materiales sobre los cuales emplea su capacidad inherente específica propia, pero no una condición necesaria de su actividad.

(1) *Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 31, nota.

Cada una de estas dos opiniones—que el pensamiento es puramente producto de las sensaciones, y que el pensamiento es tan sólo producto del conocedor—son en parte verdad, pero la verdad entera se encuentra entre las dos. Al paso que es necesario, para el despertamiento del conocedor, que las sensaciones obren sobre él desde afuera, y bien que el primer pensamiento se produce á consecuencia de impulsos del sentimiento, sirviendo las sensaciones como su antecedente natural; sin embargo, si no hubiese una capacidad inherente para enlazar las cosas, si el Yo no fuese conocimiento en su propia naturaleza, las sensaciones podrían presentársele constantemente sin que se produjese nunca un solo pensamiento. Sólo es la mitad de la verdad que los pensamientos tengan sus principios en las sensaciones; tiene que existir el poder de organizarlas y de establecer entre unas y otras lazos de unión, relaciones, así como también entre ellas y el mundo externo. El Pensador es el padre, el Sentimiento la madre, el Pensamiento el hijo.

Si los pensamientos tienen su principio en las sensaciones y éstas son causadas por choques externos, entonces es de la mayor importancia que cuando las sensaciones surjan en el Yo como senciente, la naturaleza y extensión de esas sensaciones sean exactamente observadas por el Yo como conocedor. La primera función del conocedor es observar; si no hubiese nada que observar, permanecería siempre dormido; pero cuando se le presenta un objeto, cuando como perceptor tiene conciencia de un choque, entonces como conocedor observa. De la exactitud de su poder de observar depende el pensamiento que tiene que formar de todas esas observaciones unidas. Si observa erróneamente, si entabla una relación equivocada entre el objeto que ocasionó el choque y él mismo, como observador del choque, entonces, á consecuencia de este error, sobrevendrán en su propia obra un número de errores subsiguientes que nada podrá enmendar sino retrocediendo al principio mismo.

Veamos ahora cómo funciona la sensación y la percepción en un caso especial. Supongamos que siento un toque en la mano, el contacto causa una sensación; el reconocimiento de lo que causó la sensación es un pensamiento. Cuando siento un contacto, percibo una sensación, y no hay necesidad de añadir nada en lo que se refiere puramente á esta sensación; pero cuando del sentimiento paso al objeto que lo causó, percibo el objeto y tal percepción es un pensamiento. Esta percepción significa que como conocedor reconozco una relación entre yo mismo y ese objeto, por cuanto ocasionó cierta sensación en mi Yo. Esto, sin embargo, no es todo lo que sucede; pues también experimen-

to otras sensaciones de color, de suavidad, de calor, de contextura, etcétera; éstos me son también transmitidos como conocedor, y ayudado por la memoria de impresiones semejantes recibidas otras veces—ó sea comparando imágenes pasadas con la imagen del objeto que toca mi mano—decido respecto de la clase de objeto que la ha tocado.

En la percepción de las cosas que nos hacen sentir, está el principio del pensamiento; poniendo esto en los términos metafísicos ordinarios, diremos: la percepción del No-Yo es el principio de la cognición. El sentimiento por sí sólo no podría dar la conciencia del No-Yo; sólo habría en el Yo el sentimiento del placer ó del dolor, una conciencia interna de expansión y contracción. No sería posible una evolución superior si el hombre no pudiese hacer más que sentir; pues sólo cuando reconoce los objetos como causas, es cuando principia su educación humana. Del establecimiento de una relación consciente entre el Yo y el No-Yo depende toda la evolución futura, y esta evolución consistirá en gran parte en que estas relaciones sean más y más numerosas, más y más complicadas y más y más exactas de parte del conocedor. El conocedor principia su desenvolvimiento externo cuando la despertada conciencia, sintiendo placer ó dolor, vuelve su mirada al mundo externo y dice: «Este objeto me causa placer, aquel otro me causa dolor.»

Hay que experimentar un gran número de sensaciones antes de que el Yo conteste externamente á todo. Luego viene un tanteo torpe y confuso por el placer, debido á un deseo en el Yo senciente de experimentar una repetición de aquél. Y este es un buen ejemplo del hecho mencionado antes, de que no existe solamente el sentimiento ni puramente el pensamiento; pues el deseo por la repetición de un placer «implica que la imagen del placer permanece, por más débilmente que sea, en la conciencia, y esto es memoria y pertenece al pensamiento. Durante largo tiempo, el Yo medio despierto vaga de una cosa á otra, chocando contra el No-Yo de un modo accidental, sin que la conciencia imprima una dirección determinada á estos movimientos, experimentando ya el placer ó ya el dolor sin percibir su causa. Sólo cuando esto se ha experimentado durante largo tiempo, es cuando es posible la percepción antes mencionada y el principio de la relación entre el conocedor y lo cognoscible.

Naturaleza de la Memoria

Cuando se establece una relación entre el placer y un objeto determinado, surge el deseo definido de obtener de nuevo ese objeto y repe-

tir el placer. El cuerpo mental, estimulado, repite prontamente la imagen del objeto; pues debido á la ley general de que la energía fluye en la dirección de la resistencia menor, la materia del cuerpo mental se moldea muy fácilmente á la forma que con frecuencia se ha tomado ya; esta tendencia á repetir las vibraciones principiadas, cuando actúa en ellas la energía, es debida á Tamas, á la inercia de la materia, y es el germen de la Memoria. Las moléculas de la materia que se han agrupado, se separan lentamente al actuar en ellas otras energías, pero retienen durante un tiempo considerable la tendencia á asumir de nuevo su mutua relación; si reciben un impulso propio para agruparlos, inmediatamente vuelven á asumir su anterior posición. Además, cuando el conocedor ha vibrado de un modo particular, ese ***poder de vibración*** permanece en él, y en el caso del objeto que ocasiona el placer, el deseo por el objeto pone en libertad ese poder, lo impulsa fuera, por decirlo así, proporcionando de este modo el estímulo necesario al cuerpo mental.

La imagen que así se produce es reconocida por el conocedor, y la atracción del placer le hace reproducir también la imagen del mismo. El objeto y el placer son relacionados por la experiencia, y cuando se forma la serie de vibraciones que componen la imagen, surge también la serie de vibraciones que constituye el placer, y éste vuelve á gustarse en ausencia del objeto. Esto es la memoria en su forma más sencilla: una vibración, por sí misma iniciada, de igual naturaleza que la que causó el placer, y que reproduce á éste. Estas imágenes son menos masivas, y por tanto, menos vívidas para el conocedor parcialmente desarrollado, que las causadas por el contacto con un objeto externo, porque las pesadas vibraciones físicas prestan mucha energía á las imágenes mentales y de deseos; pero fundamentalmente las vibraciones son idénticas, y la memoria es la reproducción en la materia mental, por el conocedor, de objetos que anteriormente han sido experimentados. Esta reflexión puede repetirse—y se repite—una y otra vez en materia cada vez más sutil, sin relación con ningún conocedor separado, y en su totalidad son el contenido parcial de la memoria de Îshvara. Éstas imágenes de imágenes pueden ser alcanzadas por cualquier conocedor separado en proporción á lo que haya desarrollado en sí mismo el «poder de vibración» antes mencionado; lo mismo que en la telegrafía sin hilos, una serie de vibraciones que constituyen un mensaje puede ser recogida por un receptor apropiado, esto es, por un receptor capaz de reproducirlas, así también una potencia vibratoria latente en un conocedor, puede hacerse activa por una vibración que le sea se-

mejante, de entre aquellas imágenes cósmicas. Estas, en el plano âkâshico, forman los «anales âkâshicos» de que se habla á menudo en la literatura teosófica, y perduran lo que la vida del sistema.

Memoria y anticipación

Volvamos á nuestro conocedor no desarrollado.

Cuando la memoria principia á funcionar, la anticipación le sigue pronto, pues la anticipación no es más que la memoria lanzada hacia adelante. Cuando la memoria hace volver á gustar un placer experimentado anteriormente, el deseo busca á volver á asir el objeto que causó el placer, y cuando se piensa en este goce como el resultado de encontrar ese objeto en el mundo externo y gozar de él, tenemos la anticipación. El conocedor detiene su pensamiento en la imagen del objeto y en la imagen del placer, relacionándolos entre sí; si á esta contemplación añade el elemento del tiempo, del pasado y del futuro, se le da entonces dos nombres: la contemplación mas la idea del pasado es memoria; la contemplación mas la idea del futuro es anticipación.

A medida que estudiamos estas imágenes, principiamos á comprender toda la fuerza del aforismo de Patanjalí, que para la práctica del Yoga el hombre debe suspender las «modificaciones del principio pensante.» Considerado desde el punto de vista de la ciencia oculta, cada contacto con el No-Yo modifica el cuerpo mental. Parte de la materia de que este cuerpo está compuesto se combina como un cuadro ó imagen del objeto externo. Cuando se establecen relaciones entre estas imágenes, es pensamiento considerado desde el lado de la forma. Correspondiendo con éste existen vibraciones en el conocedor mismo, y estas modificaciones dentro de él son pensamiento considerado desde el lado de la vida. No hay que olvidar que el establecer estas relaciones es la función especial del conocedor, lo que él añade á las imágenes, y que este aditamento cambia las imágenes en pensamientos. Las imágenes en el cuerpo mental se parecen mucho en su carácter á las impresiones que en una placa sensitiva hacen las ondas etéreas que se hallan fuera de la luz del espectro y que actúan químicamente en las sales de plata, volviendo á combinar la materia sobre la placa sensible, de suerte que se forman en ella imágenes de los objetos á que ha sido expuesta. Así mismo sucede en la placa sensible que llamamos cuerpo mental, los materiales se vuelven á combinar como una imagen de los objetos con que se ha puesto en contacto. El conocedor percibe estas

imágenes por medio de sus propias vibraciones respondientes, las estudia y después de cierto tiempo principia á arreglarlas y modificarlas por las vibraciones que desde sí mismo lanza sobre ellas. Con arreglo á la ley de que hemos hablado, de que la energía sigue la línea de menor resistencia, reforma una y otra vez las mismas imágenes; y mientras se concreta á esta simple reproducción, con la sola adición del elemento del tiempo, tendremos, como ya se ha dicho, la memoria y la anticipación.

El pensar concreto es, después de todo, solo una repetición, en materia más sutil, de las experiencias diarias, con la diferencia de que el conocedor puede detener y cambiar su secuencia, repetirlas, apresurarlas ó hacerlas más lentas, según quiere. Puede detenerse en una imagen, cobijarla, mantenerse en ella, y así puede obtener, de tan repetido examen de las experiencias, mucho de lo que no advirtió al pasar por ellas, sujeto al incesante movimiento de la rueda del tiempo. Dentro de sus propios dominios puede disponer de su tiempo en lo que á la medida del mismo concierne, como hace Îshvara, el Logos, para sus mundos; sólo que no puede escapar á la esencia del tiempo hasta que pueda alcanzar la conciencia Îshvárica, libertándose de los lazos de la materia del mundo.

Receptividad del Yo para el No-Yo

El primer requisito para el pensar competente es una observación atenta y exacta. El Yo, como conocedor, debe observar al No-Yo con atención y exactitud, si éste ha de convertirse en lo conocido, y fundirse así en el Yo.

El segundo requisito es la receptividad y tenacidad en el cuerpo mental, la facultad de ceder pronto á las impresiones y retenerlas una vez hechas.

En proporción de la atención y exactitud de la observación del conocedor y de la receptividad y tenacidad de su cuerpo mental, se hallará la rapidez de su evolución y la celeridad con que sus potencias latentes se convierten en poderes activos.

Si el conocedor no ha observado con exactitud la imagen de pensamiento, ó si el cuerpo mental, falto de desarrollo, sólo ha sido sensible á las vibraciones más fuertes de un objeto externo, y por consiguiente, sólo ha reflejado una reproducción imperfecta, el material para el pensamiento es impropio y erróneo. Sólo se ha obtenido en un principio el bosquejo general, quedando los detalles borrosos y hasta fal-

tando del todo. A medida que desarrollamos nuestras facultades, á medida que introducimos una materia más sutil en el cuerpo mental, veremos que podemos recibir del mismo objeto externo mucho más que lo que recibíamos en los tiempos de menor desarrollo, encontrando así mucho más en un objeto que lo que antes encontrábamos.

Pongamos á dos hombres en un campo en presencia de una espléndida puesta de sol. Supongamos que uno de ellos es un campesino poco desarrollado, que no tiene la costumbre de observar la Naturaleza sino en lo que concierne á sus cosechas, que sólo ha mirado el cielo para saber si promete lluvia ó sol, sin importarle nada su aspecto sino en lo que hace referencia á su modo de ganarse la vida ó á su empleo. Supongamos que el otro es un artista, un pintor de genio, lleno del amor por lo hermoso y educado á ver y á gozar de cada matiz y tono de color. Los cuerpos físico, astral y mental del campesino están todos en presencia de esta brillante puesta de sol, y todas las vibraciones que produce actúan sobre los vehículos de su conciencia; ve diferentes colores en el cielo y observa que hay mucho rojo que promete un hermoso tiempo para el dia siguiente, bueno ó malo para su cosecha, según sea el caso. Esto es todo lo que saca de ello. Los cuerpos físico, astral y mental del pintor están todos expuestos exactamente á las mismas pulsaciones que los del campesino, pero ¡cuán diferente es el resultado! El material más sutil de sus cuerpos reproducen un millón de vibraciones demasiado rápidas y sutiles que no conmueven el material más grosero del otro. Por consiguiente, su imagen de la puesta del sol es muy diferente de la imagen producida en el campesino. Los tonos delicados de color, el matiz que se desvanece en otro matiz, el azul y rosa transparentes, y el verde más pálido iluminado de reflejos dorados con franjas de púrpura real, todos son gustados con detenido placer, con éxtasis de goce senciente; despiértanse delicadas emociones, el amor y la admiración cambiándose en reverencia y alegría de que existan tales cosas; surgen las ideas de carácter más inspirado, á medida que el cuerpo mental se modifica bajo las vibraciones que actúan en él en el plano mental, del aspecto mental de la puesta de sol. La diferencia de las imágenes no es debida á una causa externa, sino á una receptividad interna. No depende de lo externo, sino de la capacidad de responder. No está en el No-Yo, sino en el Yo y sus envolturas. Con arreglo á estas diferencias es el resultado que se produce. ¡Cuán poco fluye en el primero! ¡Cuánto fluye en el segundo!

Aquí vemos con evidencia sorprendente el significado de la evolución del conocedor. Alrededor nuestro puede haber un universo de

hermosura; sus ondas actúan sobre nosotros de todos lados, y, sin embargo, pueden ser como si no existieran. Todo lo que está en la mente de Îshvara, el Logos de nuestro sistema, está actuando sobre nosotros y sobre nuestros cuerpos ahora. Lo que de ello podemos recibir marca el grado de nuestra evolución. Lo que hace falta para el desarrollo no es un cambio fuera de nosotros, sino un cambio dentro de nosotros. Todo nos ha sido ya dado; pero tenemos que desarrollar la capacidad para recibir.

ANNIE BESANT.

(Se continuará).



LA HOMEOPATÍA Y SUS DILUCIONES

(CONCLUSIÓN)

NATURALEZA DEL PRINCIPIO VITAL

LA VIDA es el Noumeno último en cada uno de los planos del Universo Infinito. Es el Noumeno ó la fuerza que produce la vibración molecular en el reino mineral, y que se traduce en el principio activo, más ó menos acentuado, de todas las substancias; y es asimismo el Noumeno que anima el Ser del Dios de las religiones positivas y de toda Divinidad por los hombres reconocida. Es el Noumeno de la Conciencia Universal; en una palabra, es el Noumeno del Absoluto mismo, la Realidad Una siempre *última*, y por tanto, siempre incognoscible no sólo para toda mente humana, sino quizá también para toda Mente Divina.

Así, pues, al tratar de especular sobre la Vida, sólo puede hacerse como del Noumeno último relativo, ó sea del Noumeno último del plano que se estudie, sea cual fuere, é ignorando por el momento, en tal especulación, la existencia de Noumenos superiores, VIDA de la Vida que se investiga. Y siendo el plano que nos ocupa el mundo exclusivamente físico, claro es que sólo debemos tratar de lo que constituye el Principio Vital de los cuerpos físicos de los tres reinos de la Naturaleza objetiva en sus distintas manifestaciones, pues dicho se está que el Principio Vital que anima los organismos animales no es el mismo, ó expresado más propiamente, no se manifiesta de igual manera que el

que anima á los vegetales y conserva á los minerales, los cuales también *viven* á su modo.

Ahora bien; ¿qué puede ser en sí ese Principio Vital que anima los tres reinos objetivos visibles de la Naturaleza? En primer término, si consideramos razonablemente ese Principio Vital como el Noumeno último del mundo físico, debemos igualmente asentar que de él arrancan todas las manifestaciones, todos los fenómenos de la Naturaleza física; en una palabra, que es la causa primera física del mundo objetivo, la raíz primordial de todo lo que en él existe.

Sentada esta premisa, tratemos ahora de indagar la naturaleza de ese Noumeno último de la materia física.

La Ciencia ha llegado á la conclusión de que en el Universo solo existen dos factores fundamentales; que todas las cosas, que todos los fenómenos no son más que manifestaciones diversas, más ó menos complejas, de esos dos únicos factores: Fuerza y Materia, ó Materia y Movimiento. Y estos dos factores los considera, en su aspecto manifestado, como una sola unidad, por cuanto no se puede concebir la materia sin estar animada de movimiento, ni se concibe el movimiento sin la materia que lo expresa. Siguiendo ahora el hilo de nuestro razonamiento, nos encontramos lógicamente conque el Noumeno último del mundo físico debe ser, á todas luces, la última expresión de los dos factores mencionados, fuerza y materia, en su unidad última.

Y esta unidad última, así considerada, nos sugiere la idea de la Mónada de Leibnitz y del punto matemático; una especie de abstracción, pero abstracción semifísica, que no transciende á lo que por lo general se traduce como puramente metafísico, y que, por tanto, no se sale de los límites extremos que la Ciencia tiene hasta hoy trazados para sus hipótesis.

Ahora bien; para determinar definidamente la naturaleza de esa unidad última, de esa especie de abstracción física, veamos en primer lugar lo que dice el Ocultismo acerca de la subdivisión de la materia física, ó de sus diversos estados, para luego cotejarlo con las novísimas afirmaciones científicas, y obtener como resultante una teoría que entre de lleno dentro de las posibilidades que la Ciencia puede admitir en sus especulaciones transcendentales sobre los orígenes de los fenómenos.

Mrs. Annie Besant, la célebre mística y ocultista, en su pequeño tratado *Química Oculta*, publicado en 1895, asienta que los estados de la materia física son siete, á saber: sólido, líquido, gaseoso, éter 4.°, éter 3.°, éter 2.° y éter 1.°; y explica que los estados etéreos se dife-

rencian entre sí como se diferencia el líquido del sólido y el gaseoso del líquido; describe detalladamente la conformación de cada estado etéreo, y finalmente demuestra cómo el éter 1.° es el estado último, el estado *uno* primordial homogéneo indiferenciado de la materia física, cuyas unidades son los átomos últimos, y cómo todos los estados más densos se han derivado de aquél por diferenciaciones sucesivas.

Cuando Mrs. Besant escribió este pequeño tratado, ó más bien artículo, puesto que vió la luz en la Revista teosófica londonense, *Lucifer*, artículo que en unión de otro no menos interesante, *Las formas creadas por los pensamientos*, fué publicado en castellano en forma de folleto, la Ciencia apenas si admitía que el éter fuese materia; pues escasamente había llegado á presuponer un cuarto estado de la materia, el «radiante», descubierto por el célebre físico inglés Mr. Crookes, quien además fué de los primeros hombres de ciencia modernos en teorizar acerca de lo que llamó el *protilo homogéneo ígneo*, ó sea el estado elemental de la materia; por lo que, dicho se está, que ni remotamente se pensaba entonces en asignar al éter densidades diferentes, permaneciendo totalmente ignoradas para la Ciencia, como era de suponer, las revelaciones de Mrs. Besant. Mas siempre que algún gran ocultista hace públicamente manifestaciones tan categóricas, es porque están muy próximos los tiempos en que han de entrar en el dominio de la Ciencia como producto de sus propias investigaciones, y esto es, efectivamente, lo que ha empezado ya á suceder, según podrá el lector juzgar por lo que á continuación exponemos, publicado por el periódico londonense *The Globe* (Diciembre 7 de 1900), en sus «Echos of Science», y que nosotros tomamos de *The Theosophical Review* de Enero último

Hace poco tiempo que Mr. J. J. Thomson demostró que el átomo de un gas está compuesto de cuerpos más pequeños que él llamaba «corpúsculos», y Mr. R. A. Fessenden, uno de los físicos matemáticos americanos más eminentes, ha calculado ahora que un átomo de hidrógeno comprende alrededor de 1.000 corpúsculos y que un átomo de mercurio contiene unos 200.000 de aquéllos. Demuestra también que el llamado «éter», por medio del cual funciona la electricidad y la luz, y quizá la gravitación, es un *cuerpo compuesto* que tiene una estructura de propiedades elásticas, que se parecen á las de la goma elástica. El éter, según él, es una estructura de vórtices dentro de un fluído que llama «eteron». Esta conclusión es muy semejante á la teoría de Lord Kelvin acerca de la materia, á saber: vórtices en un fluído sin fricción é incompresible. Este fluido, sin embargo, no es el éter sino el eteron, no siendo el éter en sí más que una materia de clase más sutil. El escrito de Mr. Fessenden, que es muy profundo, ha sido publicado en *Science*. Tiende

á confirmar la antigua especulación de los filósofos griegos, de que toda materia se deriva de una sola substancia elemental.

Tal es el eco de la última palabra de la Ciencia que hasta nosotros ha llegado, y el lector imparcial convendrá con nosotros en que confirma plenamente las declaraciones de Mrs. Besant, por cuyo hecho tales asertos han dejado de ser ocultistas, ó del dominio de la Ciencia Oculta, para entrar en el de la Ciencia ordinaria. Mr. Fessenden, al afirmar que el éter es un *cuerpo compuesto*, simplemente una clase de materia más sutil, determina de un modo implícito la existencia de éteres más sutiles aún, más simples, sin decir nada de ese flúido que lo baña, que él llama eteron, el cual, según se desprende del mismo concepto, parece debe ser al éter lo que un fluído, el hidrógeno, por ejemplo, es á la materia que se conoce como goma elástica.

Tenemos, pues, á la Ciencia admitiendo implícitamente éteres de diversa densidad ó sutileza hasta el eteron, ó hasta un estado primordial ó substancia elemental, como la de las especulaciones de los antiguos filósofos griegos; de suerte que entre las afirmaciones de Mr. Fessenden y los asertos de Mrs. Besant, sólo existe la diferencia de una mayor determinación y precisión de detalles por parte de ésta última, cosa ya puramente secundaria y que en nada altera el completo acuerdo sobre lo fundamental. Así, pues, el lector no teosofista, pero libre de prejuicios, en vista del testimonio de tales autoridades científicas, no podrá menos de considerar como posibilidad digna de tenerse en cuenta, las declaraciones de Mrs. Besant, por más que sus métodos de investigación se encuentren hoy todavía absolutamente fuera de la esfera de acción de la Ciencia moderna.

Ahora bien; Mrs. Besant presenta al éter 1.º como el estado atómico primordial de la materia física, la substancia física elemental de los antiguos sabios y ya hoy también de los modernos. Por tanto, el Noumeno último de nuestro mundo físico resulta ser el éter 1.º, y sus átomos la unidad — fuerza-materia — última; en una palabra, el ÁTOMO ÍGNEO, según con toda propiedad se le llama en Ocultismo, ó el *protilo ígneo* según lo denomina Mr. Crookes, cuya autoridad científica de primera línea, que nadie discute, tan de acuerdo se muestra en este punto con el Ocultismo.

Tal nombre, «átomo ígneo», sugiere á la mente la idea de la esencia del calor, de la fuerza, de la vida, del movimiento; una idea que indudablemente debe ser una gran aproximación á la verdad, que hace vislumbrar la naturaleza de ese fluído universal que llena los espacios

siderales compenetrando las masas de soles y planetas. Un mundo de pensamientos para el intelecto y una nada para los sentidos; la última expresión física de la mónada fuerza-materia; el espíritu del fuego y el espíritu de la materia del mundo físico ó del fuego y de la materia tangibles. Y ese flúido ígneo semiespiritual, es la substancia primitiva, es el Noumeno último de la materia física, y es, por tanto, el Principio Vital en su aspecto más elevado, que anima los cuerpos físicos, y del que son modalidades todas las fuerzas dinámicas conocidas: electricidad, magnetismo, luz, calor, sonido, atracción, repulsión, principio activo de las substancias, etc.

¡Y este flúido igneo, esta espiritualidad de la fuerza-materia, es lo que Hahnemann suponía capaz de perturbarse ó enfermarse en su esencia misma! El espíritu del fuego, de ese elemento esencialmente purificador, ser el origen y la causa, en su aspecto de conservador y generador de la putrefacción y de la muerte, es invertir por completo los términos ó factores del problema, hacer una confusión lastimosamente antifilosófica de los pares opuestos que originan la manifestación de todos los fenómenos de la Naturaleza, de que parece increíble haya sido capaz un pensador de la talla del descubridor de la Homeopatía moderna.

No hemos creído salirnos de nuestro tema exponiendo esta somera teoría de lo que creemos ser la naturaleza del Principio Vital y de todas las fuerzas dinámicas, puesto que una y otras representan papel tan principalísimo en las especulaciones de los homeópatas que tratan de explicar el por qué y cómo de la eficacia de su sistema. Por otra parte constituye una sección preliminar para la más clara comprensión de la tesis que á ésta sigue, y que denominaremos:

Doble Etéreo de los Cuerpos, Vehículo del Principio Vital y campo de acción de las fuerzas dinámicas en los organismos

Pertenece aún al dominio de la Ciencia Oculta el conocimiento de la existencia del «Doble Etéreo» de los cuerpos. No obstante, por lo que respecta al organismo humano, están muy próximos los tiempos en que la realidad de su existencia pertenecerá al credo de la Ciencia oficial, pues así como el éter, que ningún hombre científico ha visto, ni palpado, ni medido jamás, se impuso á la Ciencia como elemento indispensable, explicativo hasta cierto punto, de los fenómenos de la luz, del calor, etc., así también el doble etéreo del cuerpo humano está evidenciando su existencia en muchos fenómenos de la hoy rama de

la Ciencia, denominada Hipnotismo, fenómenos, por ejemplo, como los que el Coronel Roche y el afamado Dr. Luys han llamado «exteriorización de la sensibilidad», y que no es otra cosa que una exteriorización del Doble Etéreo del sujeto con quien ejecutaban sus experiencias hipnóticas.

Pero mientras la Ciencia siga ignorando este factor importantísimo, cuyo conocimiento le facilitaría la solución de muchos problemas hasta hoy enigmáticos, y le aclararía no pocos misterios de la Naturaleza, el lector tendrá que contentarse con las explicaciones que acerca de dicho principio da el Ocultismo.

Asienta éste que todos los cuerpos y organismos físicos están dotados de un «doble etéreo», ó sea de un cuerpo etéreo interno, el cual se halla cubierto ó revestido del cuerpo grosero que nos es conocido. Este doble etéreo es la exacta reproducción, partícula por partícula y molécula por molécula, del cuerpo denso de que se halla revestido, siendo, por decirlo así, el verdadero cuerpo, donde residen ó actúan todas las fuerzas dinámicas; al paso que el denso no es más que un revestimiento del mismo, y, por consiguiente, de importancia secundaria.

Comprendido esto se verá, como lógica consecuencia, que siendo los cuerpos densos una resultante de sus dobles etéreos, la diversidad de los cuerpos que la Naturaleza presenta en sus tres reinos físicos, mineral, vegetal y animal, no es propiedad de ellos, sino propiedad exclusiva de los dobles etéreos, y que, por tanto, las características de fuerza, de color ó de forma que á cada cuerpo distinguen, no pertenecen á la materia grosera, asequible á nuestros sentidos, sino por transmisión.

Esta enseñanza ocultista hállase en cierto modo demostrada y hasta confirmada por los mismos asertos de la Ciencia oficial. Esta nos enseña, como ya hemos indicado, que no existen más que los dos factores fundamentales, fuerza y materia, que originan absolutamente todos los fenómenos de la Naturaleza. Por otra parte añade que todas las fuerzas dinámicas, ó lo que es lo mismo, que la «fuerza», tiene como vehículo y campo de acción el éter, que es el encargado de transmitirla á la materia propiamente dicha.

Ahora bien; si las fuerzas dinámicas tienen el éter como vehículo, ¿de qué modo se hallan aquéllas en los cuerpos densos y cómo pueden éstos generarlas? A causa del éter y por medio del éter es la lógica deducción; de tal modo, que si la Ciencia tuviera medios de hacer el vacío *etéreo* absoluto alrededor de un cuerpo cualquiera, llegaria á realizar el absurdo anticientífico y antifilosófico de la materia sin fuerza,

la materia absolutamente inerte, que instantantáneamente quedaría reducida á la *nada*, otro absurdo aún más inconcebible si cabe. Por tanto, si el éter es á la vez el agente y el instrumento ó vehículo— agente en sus estados más sutiles y vehículo en su estado más denso—nos encontramos lógicamente con que las partículas groseras, lejos de ser las generadoras de las fuerzas, son simplemente sus conductoras ó transmisoras más materiales, y que el generador reside en las partículas etéreas, no del éter en general, sino de los dobles etéreos, por cuanto se trata de fuerzas dinámicas características de cada cuerpo, y, por consiguiente, cada clase de fuerza tiene que ser la resultante de determinada combinación ó disposición atómica y molecular etérea.

No hay que perder un momento de vista que la Ciencia presupone que el éter es el vehículo transmisor de las fuerzas, hasta de la gravedad misma, según el físico Mr. Fessenden, como hemos visto antes; de suerte que toda fuerza es vibración etérea, y que la materia bruta, por sí sola, no podría manifestar las cualidades que se le atribuyen, ó lo que es lo mismo, no tendría realidad objetiva. Así, pues, si la fuerza es un agente etéreo, si el vehículo de esta fuerza es igualmente etéreo, ¿por qué, entonces, presuponer que la *generación* de la fuerza proviene de la materia bruta, que por sí sola resulta ser *nada*, y no del éter que parece serlo todo? La única razón de este contrasentido reside en que ni vemos ni palpamos el éter, cuya existencia sólo se conoce especulativamente, al paso que la materia bruta es la que vemos, palpamos y sentimos, y á ella atribuímos, por consiguiente, todo, sin darnos cuenta de que si la vemos, sentimos y palpamos, es únicamente por el éter y por medio del éter.

Los fenómenos que presenta la electricidad son también confirmativos de la existencia del doble etéreo. En efecto; si está archiprobado por la Ciencia que el vehículo de la electricidad es exclusivamente el éter; si el éter es el mismo en todas partes, y si cada átomo ponderable, según se presupone, está rodeado de una atmósfera etérea, ¿cuál es la razón, cuál es el *por qué* de ser unos cuerpos buenos conductores y otros malos conductores de la electricidad? El éter que baña los átomos del cristal se supone que es el mismo que el que baña los átomos del cobre; unos y otros están sumergidos en el mismo océano etéreo, cuyo fluido pasa tan libremente entre ellos como el aire á través de una reja, y aún más, porque siendo el átomo ponderable un agregado de corpúsculos mucho más diminutos, tendremos que el éter bañará igualmente esos corpúsculos, por lo que resulta que no sólo es intermolecular, sino también interatómico. Por tanto, si la electricidad

sólo tiene que ver con el éter, los átomos ponderables por sí solos no deberían ejercer acción alguna modificativa en el modo de conducirse de la electricidad; pero como aparentemente sucede lo contrario, la deducción que parece lógica es que el éter que baña las moléculas del cristal no es el mismo que baña las moléculas del cobre; y como esto parece absurdo, porque ambos cuerpos están sumergidos en el mismo océano etéreo, la resultante es que cada cuerpo, independientemente de ese océano etéreo en que se baña, debe tener una especie de alma etérea especial suya, la cual es la que hace el papel de conductora de la fuerza eléctrica, siendo la del cristal mal vehículo y la del cobre buen vehículo, y consistiendo tal diferencia en la conformación molecular etérea de esas almas ó «dobles etéreos».

Este hecho mismo de la conductibilidad de los cuerpos con relación á la electricidad, presenta también otro aspecto igualmente confirmatorio de la existencia del «doble etéreo». Es un hecho conocido que la electricidad escoge siempre el conducto más corto y el más fácil; entre dos alambres, uno grueso y otro delgado, la corriente eléctrica, aparentemente, se marchará toda por el primero; igualmente, si entre dos extremos de un espacio dado tendemos dos alambres de igual grueso, uno perfectamente directo de igual longitud que la distancia que media entre ambos extremos, y otro de doble longitud y cuyo exceso se invierta en ondas y círculos en el camino, y suponiendo una corriente eléctrica relativamente débil al grueso de los alambres, la corriente marchará toda por el camino más corto. Esto demuestra, á no dejar duda, que la tendencia de la corriente eléctrica es á marchar en línea recta siempre que pueda. Esto sentado, detengámonos un momento á considerar este fenómeno.

Tenemos como factores los hechos siguientes:

1.° El vehículo de la corriente eléctrica es el éter.

2.° El éter es, no sólo intermolecular, sino interatómico; y

3.° Entre molécula y molécula circula el éter como la atmósfera por entre las más anchurosas calles de una ciudad moderna.

Dados estos factores, ¿por qué entonces la corriente eléctrica que se lanza por un alambre, que hace mil y mil curvas, no se sale por la tangente de la primera curva por entre los para ella grandes espacios intermoleculares, sino que sigue el curso del alambre, cualquiera que éste sea, ni más ni menos como lo hace el agua á través de un tubo de hierro? ¿Es que existe en el alambre un tubo ó masa etérea independiente del éter circundante? Esto es lo que efectivamente se deduce, y es en realidad el hecho en sí; y ese doble etéreo del alambre debe ser á

todas luces el verdadero conductor de la corriente eléctrica, y no el éter del medio ambiente general, el cual, como se sabe, no es propiamente conductor del flúido eléctrico, sino un transmisor de la fuerza eléctrica por medio de sus ondulaciones, y no cabe imaginar que cambie tan radicalmente su naturaleza por el solo hecho de ponerse en contacto con los cuerpos densos.

Otros varios fenómenos confirmativos de la existencia del doble etéreo de los cuerpos pudiéramos presentar, pero á más de que consideramos suficiente lo expuesto para que toda mente libre de prejuicios pueda admitirlo como una posibilidad de la Naturaleza y como una teoría que pudiera dar la clave de muchos problemas que aún continúan entre brumas, el espacio de que disponemos nos veda continuar por más tiempo en esta senda, y así pasaremos á terminar la descripción del doble etéreo con arreglo á lo que la Ciencia Ocultista enseña acerca del mismo.

Cada entidad ó unidad de los tres reinos ponderables de la Naturaleza tiene un cuerpo etéreo especial suyo. En el reino mineral la unidad es el átomo; en el vegetal, la yerbecilla, el arbusto, el árbol; en el animal, el microbio, el insecto, el animal, el hombre. Cuando el organismo muere, su doble etéreo se desprende de él, y como es por excelencia el vehículo del Principio Vital, la muerte sobreviene cuando se verifica la ruptura completa de toda conexión entre ambos; ruptura total que ocurre cuando el Principio Vital abandona á su vehículo, el cuerpo etéreo, sobreviniendo luego la descomposición de ambos cuerpos. La entidad cuerpo humano, por ejemplo, se convierte por este hecho en miles de entidades más pequeñas; lo que constituía su unidad le ha abandonado, y desde ese mismo instante cesó de ser tal unidad para quedar reducido momentáneamente á una masa compacta cualquiera de materia, á un montón eventual de unidades más pequeñas perfectamente separadas é independientes, las cuales vivirán como tales un tiempo dado, resolviéndose finalmente lo que fué cuerpo humano en sus elementos constitutivos. De este modo se muestra en toda su grandiosa sencillez ese llamado misterioso fenómeno del paso de la Vida á la Muerte, que la humanidad contempla constantemente sin haberlo aún definido.

Respecto de la constitución de los dobles etéreos en los tres reinos mineral, vegetal y animal, parece ser que guarda una relación estricta con los estados etéreos; así tendremos que el doble etéreo de los minerales deberá estar compuesto de éter 4.°, el de los vegetales de éter 4.° y 3.° y el del reino animal de éter 4.°, 3.° y 2.°, teniendo además pre-

*

sente que las diversas densidades que se encuentran en los cuerpos y organismos de cada reino no son una característica de la materia grosera sino del cuerpo etéreo que aquélla encubre.

Comprendido esto, comprendido que el doble etéreo es por excelencia el vehículo del Principio Vital y el campo de acción de todas las fuerzas dinámicas, se ve con claridad que lo que se perturba, lo que enferma y lo que sana, es únicamente el doble etéreo, cuyas menores sensaciones son transmitidas á su envoltura de materia grosera que las manifiesta por los síntomas objetivos que nuestros sentidos perciben, encajando aquí perfectamente la teoría de Hahnemann, que hemos combatido, cuando dice que el organismo material refleja como un espejo, por decirlo así, las perturbaciones del Principio Vital mismo, por ignorar la existencia de su vehículo, el doble etéreo ó sea el cuerpo verdadero del hombre. Y esto mismo es lo que los Herméticos querían significar en este punto con el término «Vida», por no serles permitido hablar de su vehículo, porque tal conocimiento era entonces esotérico ó secreto, lo cual explica el error del ilustre Hahnemann si es que dedujo su teoría de los obscuros asertos herméticos.

En resumen:

La fuerza dinámica invasora ejercita su perturbadora acción en el doble etéreo del organismo, y la fuerza dinámica ó principio activo de las substancias medicamentosas, elevadas á la décima potencia, por decirlo así, por la fuerza toda vivificante del Principio Vital, ataca, destruye ó expele al agente perturbador.

Y ahora esperamos que el lector habrá ya podido darse completa cuenta del *por qué* y *cómo* de la acción terapéutica de las diluciones homeopáticas; del por qué no hay necesidad de que se halle presente la materia de la substancia medicinal, bastando sólo la acción de su principio activo; del por qué los medicamentos tienen dos acciones, una llamada acción química que obra sobre la materia grosera, y otra puramente dinámica que sólo puede obrar en el doble etéreo; como es perfectamente concebible que una fuerza tan sumamente sutilizada, tan refinada, por decirlo así, como la que hemos explicado que encierra la dilución 30, por ejemplo, sea capaz de producir tan maravillosos cuanto indiscutibles efectos en el organismo humano, y como también es éste afectado por esas fuerzas no menos sutiles que se traducen en enfermedades.

Fáltanos ahora exponer brevemente nuestra teoría del por qué en algunas enfermedades especiales surten mejor efecto las altas diluciones como la 500 ó la 1.000, por ejemplo, que no las más bajas. En este

caso, deducimos que estando compuesto el doble etéreo humano de los tres estados 4.°, 3.° y 2.°, puede suceder que la naturaleza de la fuerza dinámica perturbadora sea de un orden tan sutil que ejercite su acción en el éter 3.°, y aún quizá en el 2.° del doble etéreo, en lugar de verificarlo en el éter 4.°, que es donde generalmente suponemos que operan; y si esto fuese así se comprendería, sin mucho esfuerzo, que para un campo de acción tan sutil se requiere que las vibraciones de la fuerza dinámica terapéutica sean también extraordinariamente sutiles, cuya circunstancia daría igualmente la razón de lo excepcional de los casos en que tales altas diluciones surten mejor efecto que las relativamente bajas.

Y aquí damos por terminado nuestro modesto trabajo.

Si estas teorías nuestras acerca del problema, aún no satisfactoriamente resuelto del *por qué* y *cómo* de la acción terapéutica de las diluciones del sistema homeopático, han podido interesar á algunos de nuestros lectores, resolviéndoles quizá algunas dudas, habremos conseguido el objeto propuesto. Creemos que no están tan lejanos los tiempos en que la Homeopatía reine absoluta en la Ciencia médica. La Evolución es la ley fundamental de la Naturaleza y, por consiguiente, todo lo que implique progreso se impone á la larga. Si la Homeopatía no fuera un progreso verdadero, un marcado paso adelante en los conocimientos humanos, lejos de haber desarrollado tan considerablemente su esfera de acción en todo el mundo civilizado, sería hace tiempo un sistema muerto y enterrado en el abismo del olvido, una de tantas experiencias falsas que no pudiendo resistir la repetida comprobación de los hechos mueren apenas nacidas. Pero precisamente la fuerza del sistema homeopático, radica, casi por modo exclusivo, en la elocuencia abrumadora de una experiencia constantemente repetida y comprobada en todos los países por miles y miles de hombres científicos, y si no ha llegado á imponerse en absoluto, es tan sólo á causa de las nieblas que aún envuelven los problemas de ese *por qué* y *cómo* que hemos tenido el atrevimiento de abordar, sin tener, por supuesto, la pretensión de que nuestro pobre trabajo, falto en absoluto de toda autoridad, pueda influir en lo más insignificante en la cuestión. Pero la Ciencia humana avanza á pasos de gigante; habiendo llegado á lo más denso del materialismo, principia ahora á mostrar una tendencia ascensional tomando un matiz especulativo más acentuado, sin ser por ello menos positivista en sus conclusiones. Su poder analítico se ha desarrollado tan extraordinariamente, que no cabiendo ya en la esfera exclusiva de los efectos, empieza á transcender á la de las causas, y si la rapidez de su mar-

cha continúa con la sorprendente velocidad iniciada en el último cuarto de siglo, la generación de las postrimerías de nuestro actual siglo xx habrá realizado tales asombrosas conquistas con relación á nosotros, como las que nosotros hemos obtenido con relación á nuestros abuelos de hace una centuria.

Pero esos conocimientos nuevos de las futuras generaciones ya no estarán limitados á los reinos de la materia bruta; habrán empezado á penetrar en esos reinos aún mucho más vastos de la región etérea en donde la humanidad podrá aprender durante miles y miles de años, sin llegar á penetrar, á pesar de la inmensa fuerza intelectual que para entonces habrá desarrollado y de los estupendos medios de investigación de que podrá disponer, hasta el fondo de todas sus maravillas, cómo ha penetrado la mayor parte de las de la materia grosera. Mucho antes de haber alcanzado el dominio de las regiones etéreas, el hombre tendrá que haber desarrollado por completo los sentidos de su cuerpo etéreo, de tal modo, que el éter sea para él tan ponderable y tan tangible como lo es hoy la materia bruta. La visión de los rayos X y de otras vibraciones lumínicas, hoy desconocidas, no será patrimonio de individuos aislados, como hoy sucede, sino patrimonio de la mayor parte de la humanidad, ó por lo menos de aquella que lleve el título de civilizada; y á este desarrollo del sentido de la visión etérea no sólo acompañará el desarrollo en el mismo plano de los demás sentidos que hoy posee en el físico grosero, sino el de algún otro que hoy sólo existe en estado latente y que sólo se ha visto funcionar en los sujetos hipnotizados y en tal cuál raro sensitivo. El hombre dominará allí á las fuerzas dinámicas en su propio elemento: la electricidad, el magnetismo, el calor, la luz, el sonido, la atracción, la repulsión, el principio activo de las substancias, el Principio Vital mismo ya no tendrán secretos para él y serán sus dóciles esclavos. La distancia se borrará casi del todo; el pensamiento será transmitido de mente á mente por las ondas etéreas y sin la limitación del espacio, aún con mayor facilidad y fidelidad que hoy lo transmite la palabra circunscripta por aquél; en resumen, el elemento de la Humanidad será la materia etérea, así como ahora lo es la materia grosera. Y creemos firmemente que la generación de fines del siglo actual empezará á vislumbrar estas posibilidades del remoto porvenir, y que lo que hoy parece una utopia, un sueño de la imaginación calenturienta, será para los hombres ilustrados de entonces, una teoría con grandes visos de verdad y de posible realización en el transcurso de la evolución humana. Pero no sentirán ni envidia ni desconsuelo por haber *nacido tan pronto*, porque para ellos será una

doctrina científica la evolución del Ego, como lo es hoy la evolución de la materia, y sabrán que los conocimientos pasados, así como los conocimientos futuros, se encarnan en ellos tan seguramente como los actuales.

Finalmente, como la Ciencia va á la cabeza de la Humanidad y le imprime su sello; como la Ciencia es la que moldea el estado social; á una mayor transcendencia ó espiritualidad de aquélla, corresponde una Sociedad más espiritual, más armónica, más perfecta; nuestros descendientes de fines de este siglo nos considerarán con los mismos sentimientos que nosotros consideramos los pueblos de la edad media, sobre todo porque, dados los adelantos que la Ciencia ha alcanzado, tenemos un estado social semibárbaro, debido á que la evolución social no ha marchado con la misma rapidez que aquélla, originándose de aquí el gran desequilibrio que hoy se advierte en el mundo entero civilizado, haciendo inminente una terrible avalancha niveladora. Esta ola que crece de dia en día y se hace cada vez más amenazante y patente aún para los entendimientos más obtusos, hállase contenida por formidables diques, por fuerzas enormes, pero destinadas á destrozarse mutuamente, dejando en libertad momentánea á la ola social impetuosa, á la que el desnivel existente dará una fuerza desgraciadamente destructora; pero luego, una vez que haya pasado y tal desnivel desaparecido, la Ciencia y el estado social se encontrarán á la misma altura, volverá la normalidad y con ella una forma social mucho más armónica, más perfecta, más feliz, precursora de otros estados sociales más y más perfectos que se irán sucediendo, con intermitencias más ó menos acentuadas, á medida que la Ciencia humana vaya elevándose y abarcando horizontes cada vez más dilatados y transcendentes.

Y nosotros, en nuestro humilde criterio, entendemos que esa rama de la Ciencia que hoy se llama Ciencia médica homeopática, es uno de los heraldos de esa Ciencia del mañana, y que, por consiguiente, suyo es el porvenir mientras que otros descubrimientos superiores no la reemplacen; y la humanidad, en un tiempo no lejano, asentará á Hahnemann en un pedestal quizá más alto que el que jamás hayan ocupado Hipócrates y Galeno.

JOSÉ MELIÁN.



CONFERENCIAS TEOSÓFICAS DE 1900

EN LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

POR EL DR. TH. PASCAL

PRIMERA CONFERENCIA

II

LA FRATERNIDAD HUMANA

FÁCIL me será demostrar ahora el hecho de la fraternidad; hasta qué punto son hermanos todos los seres; que están compuestos de la misma materia, animada por el mismo espíritu; que todos ellos son hijos de Dios, y que sólo difieren entre sí por el grado de su evolución.

Me limitaré aquí á tratar de la fraternidad de los hombres.

Todos poseemos un cuerpo físico semejante; éste está más ó menos desarrollado, es más ó menos perfecto, pero la misma carne nos pone en relación con el mundo físico, y esa carne constituye los mismos aparatos, desempeña las mismas funciones.

Todos poseemos un cuerpo de sensaciones que produce en nosotros el placer ó el dolor; y cuando se aplica nuestra inteligencia á la sensación, produce por resultado aquellos elementos distintos, llamados deseo, pasión, emoción, temor, atracción, repulsión, amor, odio, etc.

Poseemos todos un cuerpo mental que nos permite expresar mayor ó menor inteligencia.

Todos poseemos también los rudimentos de aquello que en la humanidad futura se convertirá en abnegación, amor elevado y sacrificio.

Los lazos de solidaridad que nos unen, siendo tan estrechos, hacen que aquella fraternidad sea aún mayor. Las emociones de nuestros cuerpos forman en derredor nuestro una atmósfera común que respiramos; á cada instante absorbemos millones de moléculas físicas que provienen de nuestros vecinos; cuando nos separemos esta noche, poseerá cada uno de nosotros algo de cada uno de los demás, y su cuerpo será más puro ó impuro. Esto demuestra que á todas partes se extiende nuestra responsabilidad.

Esos cambios se efectúan en todos los planos y entre todos los cuerpos. También están sujetas las partículas del cuerpo astral á ese vaivén de absorción y excreción y repercute su vibración en los cuerpos similares: esta es la causa de contagio moral. Somos malos con los que obran el mal y buenos con los seres superiores; el fruto podrido contagia á los demás, dice el refrán. En el plano moral, pues, se produce el mismo cambio que en el plano físico, y ese cambio es el resultado de la misma solidaridad.

Lo mismo sucede respecto al cuerpo mental. Nuestras vibraciones intelectuales son repercutidas por los cuerpos mentales de los hombres que están en contacto con nosotros; las moléculas de materia mental desechadas se esparcen en la atmósfera mental y son absorbidas por los hombres. Esta es la atmósfera que vemos, y la que altera todas nuestras percepciones en el sentido particular que es propio de aquélla; he aquí por qué preferimos nuestra familia á la de nuestros vecinos; tal es la causa de las preocupaciones nacionales, el motivo por el cual se creen los franceses superiores á los demás pueblos, y sólo estiman los ingleses su propio país, y ¿quién sabe? quizá sean también víctimas los suizos de esa ilusión general, efecto de que cada cual se prefiere á su vecino.

Muy marcada es la influencia mental en todas partes; los aldeanos se mentalizan rápidamente en las ciudades, y sobre todo en los grandes centros intelectuales; los animales mismos están muy sujetos á esa influencia, hecho que fácilmente habrán podido comprobar sus dueños.

Si son hermanos nuestros distintos cuerpos, más hermanos aún somos todos por nuestra esencia, por la chispa divina que constituye nuestro «yo», nuestra alma, aquello que es fragmento de Dios, por decirlo así.

Pero diréis sin duda: si todos somos hermanos, no todos somos iguales.

Es cierto y falso á la vez. Somos desiguales, porque la evolución es continua y alcanzan los seres el grado humano en momentos distintos; los últimos llegados constituyen las almas jóvenes, esos salvajes que aún ignoran el sentido moral; los que llegaron primero son hoy día seres sobrehumanos: el Buddha, el Cristo. He aquí por qué somos desiguales. Mas sólo es momentánea la desigualdad, las almas hoy día jóvenes, serán mañana adultas, y ascenderán más tarde al grado sobrehumano. Pero somos iguales por esencia, iguales en el punto de partida, desiguales durante la jornada, é iguales cuando alcanzamos la meta.

Ya que somos hermanos, ya que la solidaridad más estrecha nos une, y que nuestra moralidad, nuestra inteligencia, nuestras faltas y virtudes activan ó detienen la evolución de nuestros hermanos, ¿cuál es nuestro deber? Ayudar siempre y en todas partes á todos los hombres, á medida de nuestras fuerzas y posibilidades, teniendo presente que los más adelantados, los más fuertes, los más sabios — los hermanos mayores — vienen obligados á contribuir más que ningún otro á la obra general de solidaridad. A los mayores toca demostrar más paciencia, más compasión, mayor tolerancia afectuosa, más amor. Cuando veamos á un hombre obrar mal, cuando nos hallemos en

presencia de un criminal, recordemos, en vez de odiarle, que tenemos frente á nosotros á un ignorante, un alma joven, y que le debemos amor y compasión, jamás odio; recordemos que también nosotros fuimos un día ignorantes y criminales, y que Dios, al corregirnos, siente compasión por todos. Tengamos presente que la evolución disminuye sin cesar las faltas aumentando las cualidades, y entonces amaremos en vez de odiar, consolaremos en vez de herir, veremos en todas partes almas en evolución, almas que luchan, que se desarrollan, que poco á poco despiertan á la luz, y siempre serán fraternales nuestros sentimientos.

III

La Ley de Reencarnación

¿Qué es la Reencarnación?

Es el regreso de las almas humanas á la tierra en nuevos cuerpos.

La ley de Reencarnación es el corolario estricto de la ley de la Evolución: no cabe evolución alguna, esto es, progreso, sin la conservación de las cualidades adquiridas. La Evolución se manifiesta en todas partes, en todas partes aparece el progreso; las formas son progresivamente complejas, y las facultades constituyen una serie paralela á la de las formas. Gradualmente va el mineral adquiriendo formas—las de los cristales, por ejemplo—; cuando cesa la serie de los cristales, observamos formas más complejas que se aproximan más y más á las del reino vegetal, y llegando á la línea divisoria de ambos reinos, hácese casi imposible averiguar si tal ó cuál forma pertenece al mineral ó al vegetal. La misma complejidad ofrece el reino vegetal: existen plantas, como por ejemplo la sensitiva, la drosera, la papamoscas y la filotaxia, que poseen una sensibilidad muy marcada, siendo comparables sus movimientos á los movimientos reflejos de los cuerpos organizados, y es casi imposible distinguir los últimos vegetales de los primeros animales.

Lo mismo se observa si bajo el punto de vista de las formas y de la mentalidad, comparamos los monos más inteligentes con los más primitivos salvajes.

Para que pudiera uno de esos reinos elevarse hasta el reino superior inmediato; para que las formas vegetales, por ejemplo, pudieran perfeccionarse hasta el punto de convertirse en formas animales, hubieron de transcurrir innumerables siglos, porque el progreso guarda relación con el grado mayor ó menor de progreso alcanzado por los seres en la cadena de la evolución; fué preciso, por lo tanto, que las cualidades de forma desarrolladas por los vegetales fuesen conservadas en un germen para que fuese posible el progreso. Sin la conservación de las cualidades adquiridas, sólo habría «comienzos» en la Naturaleza, esbozos que se repetirían incesantemente sin producir progreso alguno; sólo existirían en el mundo las formas más primitivas, jamás otras; no habría ni cristales, ni vegetales, ni animales ni hom-

bres. Si aplicamos esta ley á la humanidad, veremos que también para ella, sólo conservándose y reuniéndose en cada punto de partida, en cada uno de los renacimientos, las cualidades adquiridas, es posible el progreso. Para que pudiera un salvaje convertirse en un ser civilizado, y más tarde en un hombre de alta cultura intelectual y moral, fué preciso volviese gran número de veces al campo de las experiencias terrestres, y que conservase cada vez el germen de todas sus adquisiciones anteriores, ó tendremos que admitir un absurdo, una cosa imposible, como más adelante demostraremos, esto es, que Dios ha creado el mundo de repente, tal como lo vemos hoy día, y que seguirá existiendo del mismo modo, hasta que también de repente le plazca destruirlo.

Admite la ciencia la conservación de las cualidades, siendo para ella este hecho la condición *sine qua non* del progreso; admite que por medio del germen vuelve constantemente un individuo á la tierra y evolúa: es la ley de reencarnación. Una sola diferencia separa la enseñanza científica de la doctrina teosófica, y es la siguiente: Para nada tiene en cuenta la primera la individualidad, niega la persistencia de un cuerpo sutil después de la desagregación física; siendo las cualidades, según aquélla, el resultado de la materia, nacen éstas y mueren con la materia; la teosofía, en cambio, reconoce la existencia de un cuerpo sutil, condición para ella de la individualidad, considerando al cuerpo visible como instrumento, sólo concede al germen físico la facultad de reproducción de la materia física, y enseña que cuando muere aquel cuerpo, se conservan las facultades *humanas* con el individuo, en el cuerpo causal.

El estudio de las leyes hereditarias nos demuestra que sólo la teoría teosófica explica los hechos. Si, en efecto, reunidos los gérmenes paternales y maternales fuesen éstos los únicos factores de la herencia, no debería ni podría presentar un hombre, sino la suma de las cualidades de su padre y de su madre. Por lo contrario, esa suma jamás existe; siempre varía más ó menos, y observamos con frecuencia diferencias enormes: el genio no es hereditario; los hijos de los hombres célebres son, por lo general, medianías.

El germen físico sólo produce cualidades materiales, ignoramos el origen de las facultades superiores; ¿por qué no habríamos de admitir, aun á título de hipótesis pasajera, la doctrina teosófica que nos presenta al hombre como un ser independiente del cuerpo visible, un ser que persiste en el cuerpo causal, que se reencarna con todo lo adquirido durante sus vidas anteriores, manifestándose noble ó mezquino, según el grado de su desarrollo?

No ha inventado la teosofía la doctrina de los renacimientos. Todas las grandes religiones la enseñan; y si sólo vagamente la conservó el cristianismo, es porque los evangelios llamados canónicos son un simple fragmento sin importancia del cristianismo, y son incompletos; muy claramente expuesta hallamos esa doctrina en otros textos cristianos, más ó menos reprobados por la Iglesia, particularmente en la *Pistis Sophia*.

La reconocieron y aceptaron todos los grandes filósofos antiguos y mo-

dernos, y si el tiempo de que dispongo me lo permitiese, podría demostrarlo palpablemente.

Podréis decirme que no están las pruebas científicas de la reencarnación al alcance de todas las inteligencias, y que no es dado á todos compulsar las obras de los filósofos que tratan del asunto. Es cierto; pero puede cada cual comprender la necesidad imperiosa de esta doctrina, que está al alcance de todos, desde el hombre más humilde hasta del más poderoso, desde el niño hasta el genio en la plenitud de su desarrollo. Nadie puede ignorar que rechazarla es negar á Dios ó convertirle en un monstruo.

Y en efecto, si Dios es justo, ¿cómo explicar no ya el sufrimiento, sino su *desigualdad*? Atribúyese al pecado original la causa de los males que afligen á la humanidad; no ignoro que los reglamentos del *Aula* no consienten las discusiones religiosas, y por lo tanto, habré de respetarlos; no obstante, me permitiré dirigir una pregunta: ¿Es justo que millones de seres sufran por un pecado que no cometieron? ¿Acaso castiga la justicia humana á los descendientes de los criminales? ¿Cuál es la causa de la desigualdad tan grande en la repartición de aquel sufrimiento, ya que el pecado es para todos el mismo? Ese pecado ni explica ni justifica cosa alguna. Es además un mito, una profunda alegoría que la teosofía explica y coloca en el lugar que le corresponde.

También se ha dicho que sufren los hombres por sus errores, y expían sus pecados; es exacto, pero sufren, sobre todo, por los errores cometidos en sus vidas anteriores. ¿Acaso el sordo-mudo de nacimiento satisface de este modo en su vida presente una deuda contraída? Se me podrá argüir que su padecimiento es efecto de una enferdad ocurrida durante la gestación; pero puesto que la fuerza y la inteligencia de la Naturaleza, ó sea Dios, son las que operan en el desarrollo del germen, equivaldría á decir que Dios fué caprichoso, injusto ó impotente. Fuera de la ley de los renacimientos, todo es absurdo é inexplicable.

No puede haber injusticia en el Universo, porque el mundo es producto de Dios, está guiado por Dios y animado por Él. La desigualdad del sufrimiento y de las condiciones proviene de la desigualdad de los grados de desarrollo en los hombres, de la desigualdad de los méritos y deméritos acumulados en la serie de las vidas terrestres.

IV

La Ley de Causalidad.

Trataré ahora del último punto: la ley de causalidad, el *Karma* de los hindos.

Difícil es traducir esa palabra sánscrita. Significa *acción*. Ahora bien; la acción encierra su reacción, la causa encierra su efecto. El *Karma* es mucho más que la ley de causalidad; es también la ley que permite la manifestación

de la libertad humana, sin que se altere por ello el equilibrio del Universo.

El mundo está construído por la acción de dos fuerzas opuestas. ¿Por qué opuestas? Porque para *manifestar* alguna cosa, precisa la existencia de un «contrario»; para producir fuerza, es preciso apoyarse en una resistencia; para pintar un cuadro, son necesarios varios colores; nada existe en el Universo que no descanse sobre su opuesto: el día y la noche, el amor y el odio, el bien y el mal, la libertad y la fatalidad, la atracción y la repulsión, etc...

Todos esos contrarios se sintetizan en dos fuerzas contrarias primordiales que guardan equilibrio entre sí; nacen de esas dos fuerzas universales, impersonales que se encuentran en la base de todo cuanto existe. En todas las religiones estuvieron simbolizados esos dos contrarios: Osiris (Dios) y Tifón (la serpiente infernal), en Egipto; Ormuzd (Dios) y Arimán (el demonio), en Caldea; el Logos y el Adversario, entre los gnósticos; Dios y el diablo, entre los cristianos. El simbolismo masónico los convirtió en Jakin y Boaz, las dos columnas que sostienen el templo de Salomón (el Universo).

Esas fuerzas opuestas permiten la «creación» del Universo, y lo realizan; Dios las dirige, produciendo así la Ley del mundo, esto es, la Evolución, el Bien. No puede decirse, por lo tanto, que una de esas fuerzas sea el Bien y el Mal la otra; ambas son indispensables, es decir, igualmente buenas. Mas cuando han llegado los seres al grado de la inteligencia y de la Voluntad, al grado de la libertad, emplean aquellas fuerzas; y sea por ignorancia ó voluntariamente, obran con ó contra la Evolución. Cuando marchan con la Evolución, con la Ley divina, únese la fuerza de Dios á la suya, la ley les ayuda coronando sus esfuerzos: es el Bien. Cuando por lo contrario obran contra la Evolución, opónese la ley á ellos, arrastrándoles á pesar suyo, del mismo modo que la corriente de un río arrastra al nadador empeñado en luchar contra ella: es el Mal.

El Bien, pues, es todo cuanto ayuda á la Evolución, y el Mal todo cuanto se opone á ella. Nace el mal con el hombre; debajo de éste (1), los seres son más ó menos inconscientes y están dirigidos por la Ley; por cima del hombre, han adquirido los seres la sabiduría y se han unido á la Ley; el bien es exigido abajo, y ofrecido arriba; no hay puesto para el mal.

Este sólo aparece con el hombre, permitiéndolo Dios así á fin de que aprenda el hombre la Ley, para que su libertad se ejerza, aumente y crezca; pero no permite que nadie sufra por la ignorancia ó por la maldad humanas. Soporta Él mismo todas las fuerzas del mal; esto forma parte del sacrificio divino, del sacrificio expiatorio.

Existen, no obstante, fuerzas del mal que no soporta, porque resultaría un sacrificio inútil; son aquellas que puede utilizar en la dirección del mundo. Cuando, por ejemplo, ha sentenciado su justicia á un ser, cuando la Ley del *Karma* exige la vida de un hombre, debe ser suprimida esa vida, y Dios

(1) Los animales superiores han empezado á desarrollar cierta responsabilidad, porque su inteligencia y su voluntad se hallan en estado de desarrollo.

la quita. Lo hace por un medio cualquiera: por el agua, por el rayo, por una alteración orgánica repentina, por la ferocidad de un animal, por el impulso sanguinario de un ser humano que tropieza en el camino de la víctima. En ese caso, Dios, en vez de obrar Él mismo, permite que cumpla la obra el criminal; y carga éste con toda la responsabilidad de su acto (no habiéndole impulsado Dios); pues obró con entera libertad.

Mas ningún ser inocente ha de temer, porque Dios vela por él, Dios está en el asesino como también en la víctima y hasta en el puñal; Su fuerza es la que mantiene unidas las moléculas del acero, y puede desviar la mano del criminal ó romper la hoja pronta á matar.

Dijo Cristo que están contados todos los cabellos de nuestras cabezas, y que nada sucede sin el permiso divino. ¡Palabra profunda, palabra de verdad que claramente explica la Teosofía!

Pero el *Karma* no es la Fatalidad: ha sido creado y puede ser destruído. Podemos trabajar, podemos preparar el porvenir y variar la resultante de nuestros actos pasados. Sólo ciertos resultados son fatales, y he aquí el motivo: cuando bajo el impulso del odio, de la ira ó de otro sentimiento cualquiera, ha creado un hombre un pensamiento homicida, por ejemplo, ese pensamiento constituye una *fuerza* que impulsa al homicidio; si aquel hombre renueva ese pensamiento gran número de veces, aumenta la energía maléfica hasta el momento en que la *fuerza de ésta se equilibra con la voluntad de aquel que la creó*. En ese momento deja el hombre de ser libre respecto á aquel pensamiento; forman equilibrio los platillos de la balanza, y si una ocasión favorece un nuevo impulso hacia el homicidio, vence el crimen; el hombre mata sin que la reflexión ó la voluntad puedan intervenir. Hiere como un autómata, pasó la hora de la libertad, sonando la de la fatalidad.

Producida la explosión, se encuentra aquel hombre sumido en el estupor, no comprende cómo pudo producirse el crimen. He aquí un caso en que el *Karma* se convirtió en fatalidad; es una fatalidad creada por la voluntad humana; sólo recoge el hombre aquello que ha sembrado.

Pero sólo aquellos actos impulsivos llevados á cabo automáticamente, son fatales; siempre que tenga el hombre tiempo bastante para reflexionar, siempre que piense en aquello que se propone ejecutar, podrá resistir, dispondrá de la suficiente voluntad para ejercer su libertad; si cede, añade así á su responsabilidad un nuevo elemento agravante.

Terminaré con unas cuantas palabras sobre otro aspecto de la Ley del Karma.

No todas las causas creadas en el curso de una encarnación fructifican en el acto. Algunas de aquéllas se imprimen en el cuerpo causal, y en él se conservan cuando se desencarna el hombre. Cuando bajo una nueva encarnación vuelve á la tierra, cierto número de aquellas causas halla ocasión para germinar; otras, no encontrando el terreno necesario, esperan hallarlo en futuras encarnaciones. Mas todas producen tarde ó temprano su debido efecto: nace el hombre acompañado de su pasado entero, nace dichoso ó

desgraciado, inteligente ó limitado, según los actos de sus vidas anteriores; este es uno de los aspectos del pecado original; es el balance de las vidas precedentes que trae á cada nacimiento.

Mi conclusión es la siguiente:

Cuando sepan los hombres que son hermanos, que son solidarios, que juntos ascienden y descienden; cuando sepan que crean ellos mismos su destino, que la desigualdad de sus condiciones proviene de la desigualdad en la edad de sus almas, y que una sola meta les espera á todos; cuando sepan que vuelven sin cesar á la vida terrestre para progresar, y que el destino es para ellos bueno ó malo, según hayan obrado el bien ó el mal; cuando sepan que una Ley justa y compasiva les guía, que el sufrimiento es el gran instructor, que si sufrimos el yugo del pasado somos dueños del porvenir, entonces una nueva luz alumbrará al espíritu, un calor más divino animará al corazón, cada cual entonces llevará su cruz con más valor, sin mirar si es más ligera la de su vecino; sentirán los pueblos que son hermanos, desaparecerá el odio y la lucha, y la aurora de una nueva edad de oro iluminará al mundo.

J. X. H.

(Continuará).

❦❦❦❦❦❦❦❦

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO IX

ERA de noche. Tenía sueño y me sentía contento, pues había sido feliz y me había divertido corriendo de un lado á otro en aquel ambiente suave y perfumado. Toda la tarde la pasé tendido en mi lecho entre las flores que llenaban mi aposento con sus aromas, y soñé sueños extraños en los cuales cada flor asumía la forma de una faz sonriente y llenaba mis oídos el timbre de voces mágicas. Repentinamente desperté y me creí estar todavía soñando, pues la luz de la luna penetraba en mi habitación y caía sobre aquellas flores bellas. Y maravillado pensé en la simplicidad del hogar, en el que me había criado. ¿Cómo había podido soportarlo, puesto que ahora me parecía que la belleza era la vida?

Me sentía muy feliz.

Y mientras soñoliento permanecía tendido contemplando la luz de la luna, abrióse de repente la puerta del corredor desde fuera. El corredor estaba lleno de luz, y tan resplandeciente era, que la luz de la luna resultaba obscuridad; me quedé como ciego. Entonces cierto número de neófitos penetró en mi habitación llevando consigo algunas cosas que no pude distin-

guir á causa de mi deslumbramiento. Marcháronse, luego cerraron la puerta, dejándome solo á la claridad de la luna y con dos formas altas, inmóviles y vestidas de blanco. Yo sabía quiénes eran los que estaban conmigo, á pesar de que no me atrevía á mirar: eran Agmahd y Kamen Baka.

Temblé en un principio, pero súbitamente vi á la niña salir de la sombra con un dedo en sus labios y una sonrisa en su faz.

—No temas—dijo ella.—Van á vestirte con el hermoso traje que tú les dijistes preparasen.

Levantéme del lecho y miré á los sacerdotes. Ya no tenía miedo. Agmahd permanecía inmóvil con sus ojos fijos en mí. El otro se me acercó llevando en sus manos una blanca túnica. Era de lino finísimo y estaba cubierta de ricos bordados de oro, que vi formaban caracteres que no pude comprender.

Era más hermoso que el de Agmahd y jamás había visto nada tan bello desde que entré en el templo.

Me sentí complacido y alargué mi mano á la vestidura. Acercóseme Kamen, y en cuanto me hube despojado de la que llevaba, con sus propias manos me vistió con aquélla.

Impregnóme un perfume sutil que inhalé con delicia. ¡Aquella túnica me pareció una vestidura real!

Dirigióse Kamen á la puerta y la abrió. Cayó sobre mí de lleno la luz deslumbrante. Agmahd continuaba en pie, inmóvil, con sus ojos fijos en mí.

Con admiración me contempló la niña y palmoteó con delicia. Entonces, tendiéndome la mano, cogió la mía.

—Ven—dijo ella.—Accedí y juntos salimos al corredor, siguiéndonos Agmahd. Sorprendióme la escena que ante mis ojos se me presentó, y me detuve. El gran corredor se encontraba lleno de sacerdotes, menos precisamente en el punto en que yo me hallaba junto á la puerta del Santuario de los Santuarios. Allí habían dejado un gran espacio libre, y en él figuraba un lecho cubierto con un paño de seda bordado de oro con caracteres parecidos á los de mi vestidura. Rodeado estaba el lecho de flores suaves y aromáticas, y de flores también se hallaba profusamente sembrado el pavimento. Temblé ante la gran multitud de sacerdotes inmóviles y vestidos de blanco, cuyos ojos permanecían fijos en mí; pero la esplendidez de los colores me tenía complacido.

—Este lecho es para nosotros—dijo la niña,—y me condujo á él. Nadie habló ni se movió, y yo la obedecí, y encontré encima de la cama nuestra esfera dorada con la cual habíamos jugado en el jardín. Miré con súbito sobresalto si Agmahd nos vigilaba. En pie permanecía junto á la puerta del Santuario de los Santuarios; sus ojos continuaban fijos en mí. Kamen estaba más cerca de nosotros y miraba la puerta cerrada del Santuario, y sus labios se movían como si pronunciase palabras. Nadie parecía encolerizado con nosotros, así es que volví á mirar á la niña. Apoderóse ella de la pelota y saltó al extremo opuesto del lecho; no pude resistir á su alegría; me lancé al otro extremo, y también me eché á reir. Ella me arrojó la pelota; cogíla en

mis manos, pero antes de que pudiera devolvérsela, quedó el corredor sumido en las tinieblas más completas y profundas. Durante un momento quedé sin respiración, dominándome súbita agonía de terror, pero ví de repente que podía ver á la niña y que se reía.

Le arrojé la pelota y ella la cogió, riéndose. Miré en torno mío; todo lo demás permanecía sumido en tinieblas profundas. Pensé en la figura horrible que antes, en medio de las tinieblas, había visto, y á no ser por la niña, hubiera lanzado un grito de espanto. Ella se acercó á mí y cogió mi mano.

—¿Tienes miedo?—dijo ella.—Yo no.—No tienes por qué temer. ¡Ellos no te causarán daño, pues te veneran!

Mientras hablaba oí música—música alegre, maravillosa,—que hizo á mi corazón latir y á mis pies anhelar por la danza.

Un momento después vi la luz brotar en torno de la puerta del Santuario, la cual se abrió.

¿Es que iba á aparecer aquella figura horrible? Temblaron mis miembros al pensarlo; pero, sin embargo, no perdí por completo el valor como antes. La presencia de la niña y lo alegre de la música, apartaban de mí el horror de la soledad. Levantóse la niña con mi mano entre las suyas. Nos acercamos á la puerta del Santuario. No era aquel mi deseo; sin embargo, no podía resistir al poder que me conducía. Penetramos por la puerta, y al hacerlo, cesó la música. Todo quedó de nuevo en silencio. Pero en el interior del Santuario divisábase una débil luz que parecía venir de lo último del recinto. Condújome la niña hacia aquella luz. Estaba con ella y no tenía miedo. Al extremo de la cámara había un pequeño aposento interno ó lugar secreto, escavado en la roca, según pude ver. Una mujer estaba en un asiento bajo, su cabeza inclinada sobre un gran libro abierto sobre sus rodillas. Fijáronse mis ojos en ella instantáneamente, sin poderlos apartar. La conocía, y me dió un vuelco el corazón al pensar que podía levantar la cabeza y contemplar yo su faz.

Díme de repente cuenta de que mi compañera, la niña, se había marchado. No hice por verla, pues una fascinación suprema dominaba á mis ojos, pero yo sentía que ninguna mano respondía á la presión de la mía, sentía la falta de su presencia.

Esperé, en pie, silencioso é inmóvil, como una de aquellas estatuas esculpidas en la avenida del templo.

Por fin levantó ella su cabeza y me miró. Terrible escalofrío circuló por mis venas, helóse mi sangre. Me pareció convertirme en hielo, pues aquellos ojos cortaban como el acero, y, sin embargo, yo no podía resistir ni podía evitarlos, ni siquiera apartar los míos de aquella visión espantosa.

—Tú has venido á mí para aprender. Bien; yo te enseñaré—dijo ella, y su voz resonó suave y dulce á manera de notas apagadas de un instrumento musical.—Amas á las cosas bellas y á las flores. Tú serás un gran artista si sólo vives para la belleza, pero tú debes ser más que esto.

Tendióme su mano, y contra mi voluntad levanté yo la mía y se la dí,

pero ella apenas la tocó; y al contacto quedó mi mano súbitamente llena de rosas, y su perfume impregnó por completo aquel recinto. Rióse, y era musical el sonido de su risa; supongo que mi rostro debió gustarle.

—Ven ahora—dijo ella,—acércate á mí, pues ya no tienes que temerme por más tiempo.

Con los ojos fijos en las rosas me aproximé á ella. Las rosas entretenían mi mirada y no tenía miedo de ella cuando no veía su cara.

Rodeóme con su brazo y me atrajo á su lado. Vi entonces que el negro ropaje que la cubría no era de lino ni tejido alguno—era viviente,—era una trama de serpientes que se enroscaban adheridas á ella formando pliegues que me habían parecido suave y flexible vestidura á cierta distancia. Vencióme el terror; traté de gritar, pero no pude. Rióse ella de nuevo, pero aquella vez era su risa acerada. Todo cambió á medida que la contemplaba; su túnica era negra, pero ya no era viviente. Permanecí sin respirar, lleno de asombro, helado de espanto. ¡Todavía me rodeaba su brazo! Levantó ella la otra mano y la colocó sobre mi frente. Entonces el temor me abandonó por completo; me parecía estar tranquilo y sentirme feliz. Mis ojos estaban cerrados, y sin embargo, veía; tenía conciencia de mí mismo, pero no deseaba moverme. Levantóse, y cogiéndome en sus brazos, me colocó en el banco, poco elevado de piedra, en el cual había estado sentada. Cayó hacia atrás mi cabeza contra el muro de roca. Permanecí mudo é inmóvil, pero podía ver.

Levantóse ella desplegando toda su estatura y extendió sus brazos en alto por encima de su cabeza, y de nuevo vi las serpientes. Eran vigorosas y llenas de vida. No figuraban tan sólo en su ropaje, movíanse también en torno de su cabeza. No podía decir si ellas constituían su cabellera ó si estaban en ella. Juntó sus manos en alto por encima de su cabeza, y las criaturas terribles colgaron, retorciéndose, de sus brazos. Pero yo no tenía miedo. El temor parecía haberme abandonado para siempre.

De pronto sentí otra presencia en el Santuario. Allí estaba Agmahd, de pie, ante la puerta de la caverna interior.

Asombrado contemplé su rostro, que parecía de piedra; los ojos no veían. Entonces me hice cargo de repente que de hecho carecían de visión; que aquella figura, aquella luz y yo mismo, éramos invisibles para él.

Volvióse ella hacia mí ó se inclinó de modo que contemplé su faz, y sus ojos se fijaron en los míos; no hizo movimiento alguno. Aquellos ojos que cortaban como acero no me llenaban ya de terror, pero me tenían sujeto con garras de hierro. Mientras la contemplaba, vi de pronto á las serpientes cambiar y desvanecerse; convirtiéronse en largos y sinuosos pliegues de algo á manera de vestidura flexible de un gris fulgurante, y sus cabezas y sus ojos terribles trocáronse en magníficos ramilletes de flores. Un aroma de rosas espléndido y potente llenó el Santuario. Entonces vi sonreir á Agmahd.

—Mi Reina está aquí—dijo.

—Aquí está tu Reina—dije yo, y no supe qué había hablado hasta que hube oído mi propia voz.—Ella espera saber tu deseo.

—Dime—dijo él,—¿cómo es su vestidura?

Yo contesté: Brilla y resplandece y rosas hay sobre sus hombros.

—No deseo el placer—dijo;—mi alma de él está hastiada. Pero pido el poder.

Hasta entonces sus ojos fijos en los míos me habían dicho lo que tenía que decir; pero entonces oí de nuevo su voz.

—¿En el templo?

Y repetí sus palabras pero sin tener conciencia de ello, hasta que el eco de mi propia voz sonó en mis oídos.

—No—contestó Agmahd despreciativamente.—Debo salir de entre estos muros, mezclarme con los hombres y hacer mi voluntad entre ellos. Pido el poder de hacer esto. Se me ha prometido, y tal promesa no ha sido cumplida.

—Porque para obligar mi cumplimiento te han faltado el valor y la energía.

—No me faltarán ya más—respondió Agmahd, y por vez primera contemplé en su faz el relámpago de la pasión.

—Pronuncia, pues, las palabras fatales—dijo ella.

El rostro de Agmahd cambió. En silencio permaneció durante algunos momentos, y su rostro fué asumiendo una expresión más fría y más marmórea que la de ninguna forma esculpida en piedra.

—Yo renuncio á mi humanidad—dijo él por fin pronunciando lentamente las palabras de un modo tal, que parecían detenerse y sostenerse en el aire.

—Está bien—dijo ella.—Pero tú no puedes estar solo. Debes traerme á otros tan dispuestos como tú mismo á desafiarlo todo y á saberlo todo. Necesito disponer de doce servidores juramentados. Proporcionámelos y se cumplirá tu deseo.

—¿Deben ser ellos mis iguales?—preguntó Agmahd.

—En deseo y en valor, sí; en poder no, puesto que cada uno de ellos tendrá un deseo diferente; así serán sus servicios aceptables para mí.

Calló durante un momento Agmahd. Luego dijo:—Obedezco á mi Reina, pero debo recibir auxilio en una empresa tan difícil. ¿Cómo les tentaré?

A estas palabras extendió ella al aire sus brazos, abriendo y cerrando sus manos con extraño ademán que no pude comprender. Fulguraron sus ojos á manera de carbones encendidos, y después fueron quedando fríos y velados.

—Yo te dirigiré—contestó ella.—Mantente fiel á mis órdenes y no tienes para qué temer. Obedéceme tan sólo y lograrás tu objeto. En este templo tienes todos los elementos. Diez sacerdotes dispuestos tienes á mano. Están hambrientos. Yo les saciaré Yo haré que tú quedes satisfecho cuando hayas demostrado tu valor y tu energía; pero hasta entonces no, puesto que mucho más pides tú que estos otros.

—¿Y quién será aquél que debe completar el número?—preguntó Agmahd.

Fijó ella sus ojos de nuevo en mí.

—Este niño—contestó.—El es mío, mi servidor, escogido y favorito. Yo le instruiré y por medio de él te enseñaré á ti.

CAPÍTULO X

—Dí á Kamen Baka que yo sé cuál es el deseo de su corazón, que lo realizará, pero que debe, ante todo, pronunciar las palabras fatales.

Inclinó Agmahd su cabeza y se marchó. En silencio abandonó el santuario.

De nuevo estaba solo con ella. Se acercó á mí y fijó en los míos sus terribles ojos.

Mientras la contemplaba desvanecióse su forma ante mí y quedó en lugar suyo una luz dorada que gradualmente asumió la forma más bella de todas cuantas había yo visto.

Era un árbol cubierto de follaje que pendía suavemente, más á manera de cabello que como hojas, y en cada rama había una multitud de flores en apiñados ramilletes, y entre las flores pájaros, todos dorados y de colores espléndidos y alegres, los cuales se lanzaban de un lado á otro entre las espléndidas flores hasta que mis ojos quedaron deslumbrados y grité:—Dáme uno de estos pajarillos para mí, que venga á mí uno de ellos á juguetear conmigo como lo hace con aquellas flores.

—Tendrás un ciento de ellos y te amarán y besarán en la boca, y de tus mismos labios tomarán su alimento. Tendrán un jardín con un árbol como éste, y todos los pájaros del aire te ampararán. Pero ante todo tienes que hacer lo que te diga. Habla á Kamen y dile que entre en el Santuario.

Entró y en pie permaneció en el vestíbulo de la caverna interior. El árbol se había desvanecido y ante mí vi á la negra figura con sus ropajes flotantes y refulgentes y ojos crueles; los tenía fijos en el sacerdote.

—Dile—murmuró ella muy lentamente,—que el hambre de su corazón quedará satisfecha. ¿El desea amor? Lo tendrá. Los sacerdotes del templo han vuelto hacia él sus rostros fríos y él siente que sus corazones son como de piedra. El desea contemplarles de rodillas en torno suyo, adorándole, esclavos voluntarios. Lo logrará: pues él tomará sobre sí este cargo, que hasta ahora ha sido mío. El satisfará la concupiscencia de sus corazones, y en cambio, ellos le colocarán sobre un pedestal que sobrepujará en altura á todo excepto á mí misma. ¿Es el galardón bastante grande?

Pronunció ella las palabras en tono de intenso desprecio, y pude leer en su faz terrible que le despreciaba por los estrechos límites de su ambición. Pero la expresión mordaz abandonó á las palabras al repetirlas yo.

Kamen inclinó su cabeza y á su rostro invadió extraño fulgor de Satisfacción inmensa.

—Lo es—dijo.

—¡Entonces pronuncia las palabras fatales!

Kamen Baka cayó sobre sus rodillas y extendió sus manos en alto sobre su cabeza. La expresión de su rostro convirtióse en una de agonía.

—De aquí en adelante, aun cuando todos los hombres me amen, á ninguno amaré yo.

Avanzó la negra figura hacia él y con su mano tocóle la cabeza.

—Tú eres mío—dijo ella, y apartóse con una sonrisa en su faz, negra y fría como el cierzo del Norte. Me hizo la impresión de un maestro ó guía con Kamen; á Agmahd le había hablado más bien como puede hacerlo una Reina á su principal favorito, á uno á quien aprecia y teme al mismo tiempo; como uno que tiene fuerza.

—Ahora, niño, aquí hay trabajo para ti—dijo ella acercándose á mí.—Este libro contiene escritos en él los corazones de los sacerdotes que serán mis servidores. Estás muy fatigado y necesitas reposo, pues no quiero que ellos te perjudiquen. Debes convertirte en un hombre robusto, digno de mi favor. Pero llévate contigo el libro en tus brazos y tan pronto como despiertes, á las primeras horas de la mañana, Kamen irá á ti y le leerás la primera página de este volumen. Cuando él haya logrado llevar á cabo el primer trabajo entonces de nuevo irá á ti temprano y tú le leerás la segunda, y de esta manera el libro se concluirá. Dile esto y también que no desespere nunca á causa de las dificultades. Con cada dificultad que venza aumentará su poder, y cuando todo haya concluído, él permanecerá supremo.

Repetí yo estas palabras á Kamen. Permanecía de pie en el vestíbulo, las manos cruzadas é inclinada su cabeza; así es que no pude ver su faz. Pero en cuanto concluí, la levantó y dijo:—Obedezco.

En su rostro brillaba todavía el extraño fulgor que en él había observado antes.

—Dile que se marche—dijo ella—y que diga á Agmahd que vuelva aquí.

Cuando le repetí esto marchóse lentamente y por sus movimientos pude deducir que para sus ojos aquel lugar se hallaba sumido en tinieblas.

Un momento después apareció Agmahd en el umbral.

Ella se aproximó á él y le puso su mano en la frente. Al instante contemplé en ella una corona y Agmahd sonrió.

—Tuya será—dijo ella.—Dile esto á Agmadh; es de todas cuantas coronas existen sobre la tierra la más grande excepto una; y ésta, aún mayor, no querría él llevarla. Ahora pídele que te coja en sus brazos y te lleve á tu lecho. Pero conserva el libro fuertemente asido.

Mientras yo repetía sus palabras acercóse ella á mí y tocó mi frente. Una languidez deliciosa y profunda se apoderó de mí y pensé que las palabras se desvanecían en mis labios. Pero no pude pronunciarlas de nuevo; todo se había desvanecido. Yo dormía.

(Se continuará.)



LA PROPAGANDA CREMACIONISTA EN ESPAÑA

Ampliando la noticia que insertamos en el número de Abril de SOPHÍA sobre los trabajos de propaganda realizados por los partidarios de la cremación de los cadáveres, añadiremos que acaban de ser publicados y aprobados por el Gobierno los Estatutos de la *Sociedad española de propaganda cremacionista.*

Merecen todo género de plácemes por su actividad los organizadores de esta Sociedad, entre los cuales figuran, en primer término, D. Norberto de Arcas y el Sr. Valdivieso. El Sr. Arcas viene estudiando el problema de la cremación desde hace mucho tiempo, y tiene en prensa algunos estudios en los que piensa dar á conocer sus observaciones.

La Junta Directiva de los cremacionistas está constituída del siguiente modo: Presidente, Norberto de Arcas Benítez; Vicepresidentes, Dío Amando Valdivieso y Prieto, Fernando Calatraveño; Vocales, Alfredo Moreno Gil, Mauro León Salazar, Rosendo Castells Vallespí, Rogelio Osorio y Fernández, Bonifacio Maudes; Tesorero, José Call; Contador, Aurelio del Río y Mores; Secretarios, Lázaro Cejudo y Arcas y Jorge Francisco Tello y Muñoz.

He aquí, tomados de los Estatutos, los títulos referentes á los objetos de la Sociedad, y al modo de ingresar en ella:

TÍTULO I

OBJETO Y FINES DE LA SOCIEDAD

Artículo primero. Esta Sociedad tiene por objeto procurar, por todos los medios legales, la institución en España de la incineración de los cadáveres, como reforma que impone la higiene.

Inciso 1.° La Sociedad no tendrá carácter político ni religioso, y eludirá, por tanto, toda discusión en su seno que pueda revestir aquellos caracteres. Podrá, no obstante, solicitar y aceptar, para la consecución de sus fines, la cooperación de toda clase de corporaciones y personas.

Inciso 2.° Realizará cuantos actos de propaganda estén á su alcance, como son: conferencias, publicaciones, etc., á fin de conseguir que la incineración cadavérica sea bien recibida por la opinión del país.

TÍTULO II

MEDIOS DE SUSTENTO Y PROPAGANDA

Art. 2.° *Inciso 1.°* — Para atender á los gastos de la Sociedad, se proporcionarán ingresos por medio de las cuotas de los socios, los donativos de sus protectores, el produc-

to, en su día, del servicio de incineración, la organización de tómbolas, cuestaciones y cuantos medios legales acuerde la Junta de Gobierno.

Inciso 2.° Cuando el estado financiero de la Sociedad lo permita, se publicará un «Boletín» en la forma y condiciones que se determinen, cuya publicación tendrá por objeto la propaganda de las ideas que la Sociedad sustenta, y dar á conocer á los asociados los acuerdos que en las Juntas se tomen y actos que se realicen.

TÍTULO III

ORGANIZACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

De los socios.

Art. 3.° Los socios, que podrán ser de todas las edades y sexos, se divirán en *honorarios*, *protectores*, *fundadores*, *comanditarios*, *numerarios* y *corresponsales*.

Art. 4.° Serán socios *honorarios* los que por sus trabajos, en pro de los fines de la Sociedad, sean por ella designados en Junta general por mayoría de concurrentes, ó por la Junta de Gobierno en mayoría absoluta.

Inciso 1.° Los socios *honorarios* no tienen voz ni voto en las Juntas administrativas de la Sociedad, no siendo tampoco elegibles para la Junta de Gobierno.

Inciso 2.° Tendrán derecho á un título gratuíto, en el que se consigne su distinción.

Inciso 3.° El carácter de socio *honorario* es compatible con el de socio *numerario*, *comanditario* y *corresponsal*.

Art. 5.° Serán socios *protectores* los que, con sus donativos ó gestiones de carácter oficial, en beneficio de la Sociedad, merezcan ser designados, según ella, en Junta general, por mayoría de concurrentes, ó en la Junta de Gobierno, por mayoría de votos. Los socios protectores no tienen tampoco voz ni voto en las Juntas, ni son elegibles para cargos. Su condición es compatible con la de *honorarios*, *numerarios*, *comanditarios* y *corresponsales*.

Art. 6.° Son socios *fundadores* los inscritos con el carácter de *numerarios*, el día de la constitución definitiva de la Sociedad.

Art. 7.° Son socios numerarios los que constituyen de hecho la Sociedad, junto con los *comanditarios*.

Inciso 1.° Para ser socio numerario se necesita:

Estar en pleno goce de los derechos civiles.

Ser presentado por dos socios á la Junta de Gobierno y admitido por ella.

Satisfacer una cuota de entrada, de cinco pesetas, y la mensual de una peseta.

Firmar una petición de ingreso.

Las preguntas, consultas y adhesiones, pueden dirigirse al domicilio de la Sociedad: Madrid, calle de Santa Isabel, 15 duplicado. También en nuestra Redacción se reciben adhesiones.



NOTAS Y RECORTES

Las Conferencias Teosóficas en la Universidad de Ginebra. Las Conferencias del Dr. Pascal en la Universidad de Ginebra, que estamos publicando en estos momentos en SOPHÍA, han sido acogidas por aquel culto público de un modo del que sólo podemos formarnos idea teniendo en cuenta los siguientes datos, proporcionados por un testigo ocular, é insertos en el *Bulletin Theosophique*, núm. 8.

El Dr. Pascal, cumpliendo la misión que el Departamento de Instrucción Pública le había encomendado, de dar dos Conferencias sobre *La Theosophía y sus principales enseñanzas*, acudió á la sala del *Aula*, que ya con anticipación estaba llena por inmensa y selecta concurrencia. Desde mucho antes de la hora señalada estaba ocupado el local, y una inmensa multitud se aglomeraba en las puertas de la Universidad. La primera Conferencia fué un éxito completo. El público ginebrino, que tiene fama de ser reservado y frío, aplaudió calurosamente. La segunda sobrepujó en interés á la primera. El público, aguijoneado por la curiosidad, salió interesadísimo por los varios y transcendentales problemas de que había oído tratar con tanta amenidad y brillantez.

Después de estas Conferencias oficiales, el Dr. Pascal ha tenido en los salones del Cónsul general de Rusia diferentes conversaciones particulares con altas personalidades de Ginebra, interesadas por sus explicaciones.

En la «España Moderna». Consignamos sinceramente que hemos leído con verdadera satisfacción el extenso párrafo que el erudito redactor de la *España Moderna* consagra á las teorías *Teosóficas*. Hasta hoy no habíamos tenido noticia de este su estudio, por lo cual no dimos cuenta de él. El señor Araujo, con motivo de un trabajo del Sr. Pascal, publicado no ha mucho en la *Revue Theosophique Française* (sobre la desigualdad de las condiciones de la vida humana), expone su modo de ver con respecto al trabajo de Pascal. Con este motivo aduce, de un modo clarísimo, admirables conceptos muy dignos de ser tenidos en cuenta.

Una Conferencia notable. La prensa de Valencia dió cuenta no ha mucho tiempo de que el docto Catedrático de la Universidad de aquella capital, D. Pedro M. López y Martínez, había dado una Conferencia en la Academia Jurídico-Escolar sobre el interesantísimo tema *Lenguaje interior ó mental.*

Tomados de los extractos que con tal motivo publicó la prensa valenciana, transcribimos los siguientes párrafos, que pueden dar alguna idea del original punto de vista desde el cual fué estudiada la cuestión por el Sr. López y Martínez. Dice así:

«Explicó las relaciones que hay entre los centros receptores de las impresiones; impresiones que dividió en cuatro clases: unas, imágenes auditivas que van al centro auditivo ó de sonoridad; otras, imágenes visuales destinadas á la conservación de lo visto; otras, motoras; y finalmente, unas imágenes auditivo-visuales ó gráficas que van á sus centros respectivos, obrando todas ellas autonómicamente del centro coordinatorio ó inteligencia. Después señaló la marcada diferencia que hay entre el mecanismo de la palabra hablada ó externa y la interna.

»Manifestó que tenemos en nuestro ser *una voz interna que no suena, que no tiene timbre, pero que, sin embargo, la oímos*; y esto que pasa desapercibido en la vida vulgar, no hay que buscarlo en los estados normales, y por consiguiente, en el ensueño, sino que en realidad de verdad, como decía un fisiólogo alemán, hay que buscarlo en los ratos de meditación, es decir, cuando á altas horas de la noche nos hallamos en nuestro gabinete, mohínos, lacios, sin poder conciliar el sueño y nos entregamos á la meditación; entonces es cuando aparece con magna potencia esa voz que oímos perfectamente, pero que no se exterioriza y que carece de forma.

»El nihilista Parorski, al hallarse en la prisión, recordaba, después de veinte años, las canciones que allá en sus mocedades oía á los borrachos callejeros, recuerdo que desaparecía al entrar en la vida normal.

»El Dr. Zamora, médico de Cartagena, no obstante haber perdido en la actualidad la *memoria verbal auditiva*, ejecuta con suma perfección cualquiera pieza musical en el piano.

»Ejemplos que vienen á demostrar que se puede perder cualquier centro de los autonómicos sin perder la memoria de lo aprendido, y se conserva intacto el centro de sonoridad. Dió fin á su discurso diciendo que hay en nuestro interior un algo que pasa los límites de la célula, que es el que recibe la impresión, el que toma el dato experimental y el que expele aquélla á los centros periféricos.»

La Convención zelandesa. Hemos recibido el *Report* de la 5.ª Convención que anualmente celebra la Sección de Nueva Zelandia de la Sociedad Teosófica. Tuvo lugar esta Convención en Anckland el 31 de Diciembre de 1900 y el 1.º de Enero de 1901.

❦❦❦❦❦❦❦❦

BIBLIOGRAFÍA

El Templo Masónico. *Estudio histórico*, por Darío Vellozo. Coritiba. (Brasil, 1901).

Hemos recibido esta curiosa obra del Sr. Darío Vellozo, distinguido escritor brasileño, director de la revista *Esphinge*, y Catedrático de Historia y Sociología en la *Escuela Normal* y *Gymnasio* Paranaense.

El Sr. Velloso, de quien hemos hablado ya antes de ahora como literato y á quien pudiérase conceptuar como uno de los representantes de mayor valía de la nueva generación literaria y científica de su país, ha probado una vez más sus grandes dotes de escritor en *El Templo Masónico*. Es este, en efecto, un estudio sobre los obscuros orígenes de la Masonería. El autor, á semejanza del semi-iniciado Ragon, ha intentado unificar los aislados eslabones de los antiguos Misterios y Simbolismos con las tradiciones medio eválicas de la Gnosis, de la Kábbalah, de los Caballeros rosacruces y Templarios, y por último, de las enseñanzas esotéricas de los Constructores ó *Masones* que edificaran las catedrales góticas, cuyos símbolos y cuya organización fué adoptada por la Masonería actual. Después de verificada esta erudita investigación, el Sr. Darío Vellozo termina su obra trazando un sujestivo cuadro de la misión presente de la Masonería.

* * *

Pan para la boca. *(Origen del mal)*, de Tolstoi.

Agradecemos el envío de esta excelente obra del gran pensador ruso, admirablemente traducida por el literato portugués Alfonso Gayo, y excelentemente impresa en la *Librería Central* de Gómez de Carvalho, que tiene su centro en Lisboa, Rua da Prata, 160.

* * *

REVISTAS NUEVAS

Le Mouvement psychique. — Consagrada al estudio del hipnotismo y de la fenomenología psíquica en general. Organo del *Instituto de Ciencias Psíquicas de París*. Tiene su administración en París, Rue d'Amsterdam, 14. Es muy recomendable por sus trabajos científicos.

Revista Nova. — Hemos recibido los núms. 1.º y 2.º de esta importante revista portuguesa. Por su programa, *Revista Nova* viene á ser la tribuna del arte nuevo y de los nuevos ideales en el vecino reino. Sus redactores comulgan en la generosa idea de establecer lazos de fraternidad con España. Entre éstos, Silvio Rebello, Garçao, Munes Claros y otros muchos, son entusiastas de las letras españolas. *Revista Nova* tiene su Administración en la *Librería Central* de Gómez de Carvalho, Lisboa, Rua da Prata, 160.

El Pensamiento Latino. — Revista internacional de sociología, literatura y arte. Se publica en Santiago de Chile. Su Dirección es: calle de San Antonio, núm. 238.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.